

## Don Anxo

El sonido de la vida, si es que alguna vez lo hubo en tales latitudes, había sido suplantado por un silencio caudaloso. El agua dejaba de ser un obstáculo para convertirse en un axioma. Todo era agua, dentro y fuera de mí. Yo era parte de los elementos.

Cual náufrago espoleado ante la visión de un haz de luz en el horizonte, me dirigí hacia el sobrio edificio que destacaba en la pequeña plaza porticada. Con alegría convulsa, descubrí una placa junto a la entrada que ponía «Ayuntamiento», signo irrefutable de cierto orden social. Abrigado por tal planteamiento, me decidí a franquear sus puertas.

El interior me acogió con un tufo rancio y una mujer de cabellos grises electrificados y abigarradas cejas, que no sé si tuvo algo que ver. Fea de solemnidad. Haciendo saltar la vista por encima de sus antiparras, me escudriñó con la impavidez de una hipermétrope.

—Buenas tardes —saludé presa de un escalofrío que atribuí al brusco cambio térmico, si bien la cara de esa mujer habría cabido perfectamente entre otras explicaciones—. Mi nombre es Konstantine Sokolov Arriatzu.

Ni pestañeó. Las terneras de San Petersburgo tenían esa misma costumbre.

—Soy abogado. Mi padre ha desaparecido —añadí, como si lo uno explicara lo otro.

Ante la insistente ausencia de signos vitales, tan necesarios y reconfortantes en situaciones como la que describo, me fui al grano; era conveniente exponer cuanto antes mis propósitos y no sumar más extrañezas a las que imponía de por sí mi aristado acento.

—Por favor, desearía hablar con el alcalde.

La menos que poco agraciada recepcionista centró su mirada en el charco de agua formado a mis pies; sin duda, la única cuestión relevante hasta ese momento. Izó sus ojos lentamente hasta fijarlos en los míos; esa mirada consiguió que se me arqueara el lomo.

—¿Cómo dice que se llama? —expresó con una desconcertante voz de maullido.

—Konstantine Sokolov Arriatzu —repetí como un conjuro.

La mujer volvió a interesarse por la mancha de agua. Le habría prometido que no volvería a suceder, aunque a mí me pareciera que tampoco era para tanto. Corté por lo sano:

—He recibido una carta en la que me informan de la desaparición de mi padre: trabaja en el pueblo.

—Espere aquí —ordenó.

La mujer se incorporó cansinamente, se sacudió de la falda las plumas de alguna avecilla indefensa, o quizás solo fueran unas migas de pan, y desapareció por un pasillo tan oscuro como sus intenciones. Un intenso olor a pescado se despertó con el ajetreo.

A través de la ventana, ríos de agua inundaban la aldea.

Encendí un cigarrillo de los gallegos; aspiré su espeso humo entre dulzón y salado: viscoso pero sabroso. Eché un vistazo a mi alrededor. La salita de recepción no era excesivamente amplia; qué estupidez, era todo lo contrario, aunque la parquedad de sus dimensiones no la hacía más acogedora. Me detuve a observar algunos de los cuadros que colgaban de la pared, con bastante escepticismo, he de añadir; mostraban panorámicas del pueblo a plena luz del día, el sol, sin duda, parecía real. No me quedé muy convencido.

La félica recepcionista me sorprendió admirando fascinado un imponente óleo del faro de Hércules rodeado de espuma de mar. Más agua. Agua y pescado. El olor a sardinas destripadas que la precedía me avisó de su presencia. Venía con un mocho en la mano. Me encogí en un gesto mecánico de defensa.

—Don Anxo lo atenderá, vaya por ese pasillo —señaló, sin muestras de querer atizarme.

Dibujé una sonrisa de agradecimiento; hoy no recuerdo si fue por el eficaz cumplimiento del recado o por no arreararme con el mocho. Son libres de pensar lo que quieran, pero les aseguro que aquel entorno le hacía sentirse a uno particularmente vulnerable. En todo caso, mi gesto de agradecimiento resultó absolutamente estéril: la mujer ya estaba fregando el reguero de agua que se extendía hasta la puerta de entrada. Ese asunto era trascendente para ella. Sigo sin saber el motivo.

Atravesé un pasillo en penumbras atestado de cuadros de todas las dimensiones que un orate pueda imaginar. Las pinturas guardaban entre sí una

relación problemática: cañones, faros, bellos paisajes alpinos, un mapa de la región, otro del sudeste asiático, retratos a carboncillo de Einstein, Leonardo da Vinci, Jesucristo y Rasputín, un ciervo en primer plano, la declaración de independencia de los Estados Unidos, unos jinetes salvando obstáculos en un torneo de equitación. No tuve tiempo de detenerme en todos. Se me ocurrió que si había una conexión entre ellos, era la de cubrir como fuera las paredes, más que la de ofrecer un mensaje.

Una voz cavernosa procedente del final del pasillo zanjó mis cavilaciones, al tiempo que precipitó mi paso.

—Adelante, caballero, no se deje impresionar por Maruxa Soliña. —La voz llegó apostrofada de una tos tuberculosa y un tonillo socarrón propio al sarcasmo; quizás su comentario hiciera alusión a la secretaria o quizás a algún retrato pasado por alto.

La sala apestaba a tabaco y a pescado. Todo en aquel maldito pueblo apestaba a pescado.

El alcalde se hallaba literalmente empotrado en un viejo butacón de cuero situado en el extremo de un recargado, y muy concurrido, despacho en madera de nogal. El aspecto de mi anfitrión me desconcertó, empezando por su anatomía, no guardaba la necesaria proporción áurea: la cabeza le ocupaba casi un tercio del cuerpo, de la que, además, colgaba una papada de sapo que delataba el fracaso de su glándula tiroides. Otros síntomas se sumaban al anuncio de una inminente catástrofe: una cara sudorosa de color púrpura y unas bolsas hinchadas bajo sus ojos negros y astutos. La papada y los enormes carrillos le otorgaban aires de mastín napolitano, pero no quise llevarme a engaños: en aquella apariencia despaciosa se intuía una ciencia maquiavélica.

Frente al alcalde, dos individuos retrepados en unos sillones tan viejos y agrietados como el de su jefe destilaban vapores de humo por los cuatro costados. Un tercer individuo, de pie, espiaba desde un rincón arrebatado a la luz de unos apliques suspendidos de las cornisas de la librería. La escena parecía sacada de un fumadero de opio en un tugurio de San Petersburgo. Tuve un pálpito siniestro: en ese lugar, se estaba cocinando algo turbio.

—Tome asiento, se lo ruego —me animó el alcalde, señalando en alguna dirección con su mano. En cualquier caso, en ninguna que hubiese nada en la que llevar a cabo su recomendación.

Cada palabra suya venía precedida por un brote de tos. Mal asunto.

—Si no le importa —repuse—, preferiría seguir de pie. Esta tormenta... — señalé palpándome las ropas chorreando a causa del aguacero.

—Naturalmente. —Tosió. (Si les parece, a partir de ahora suprimiré los tosidos)—. Este año, san Isidro maua. Acérquese al brasero, se sentirá más confortado. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Retuve el impulso de aceptar su ofrecimiento; no quería que se llevaran una impresión equivocada. Es decir, no quería que se llevaran tan pronto esa impresión.

—Como guste. —Llenó su copa y la de sus invitados con un líquido transparente—. Y, dígame, ¿qué le ha traído hasta aquí? No tenemos muchas visitas en esta época del año.

Qué gracioso, quien lo oyera creería que había épocas del año en las que esa aldea podría ser un destino turístico. Pude haberlo sacado del error, pero no era momento de pedagogías.

Busqué un cenicero donde apagar el cigarro. El alcalde señaló el suelo.

—Mi nombre es Konstantine Sokolov Arriatzu —repetí por tercera y, esperanzadora, última vez—. Recibí un teletipo hace unos días en el que se me notificaba la desaparición de mi padre, Sergei Sokolov, geofísico. Estaba trabajando en esta zona.

Un destello metálico brilló en las pupilas del alcalde.

—¿Arriatzu ha dicho?

Durante unos interminables segundos, el sonido de la lluvia se hizo más sobresaliente y desalentador. Mi apellido no le era ajeno.

—¿Sería tan amable de mostrarnos ese documento? —terció el de la butaca derecha frente al alcalde—. Mi nombre es Euxenio —se identificó—. Soy el juez de paz.

—Caitan. —El que estaba a su lado inclinó a su vez la cabeza—. Vecino del pueblo.

—Vecino y propietario de media región —apostrofó el juez de paz con sorna.

—Sí, si es tan amable. Nos gustaría echarle un vistazo a ese papel —se sumó el tercero en discordia emergiendo de las tinieblas—. Soy Aleixo, sargento

de la Benemérita. —Cubrió la distancia que nos separaba con dos zancadas, plantando el primer botón de su casaca a un palmo de mis narices.

«¡*Vade retro!*», reculé intimidado; oculto tras la librería no parecía tan condenadamente alto. No pude escapar a cierta sensación de alarma, en fin, todo en aquel despacho destilaba amenaza, hasta el apóstol Santiago de la urna empotrada en la pared parecía querer tenérselas conmigo. Sin duda, aquel era un lugar ideal para llevar a cabo procesos inquisitorios fuera de los focos. Esos hombres representaban la oligarquía del pueblo, y sospecho que no inspirados en parámetros necesariamente democráticos.

Extraje el pedazo de papel del bolsillo interior de mi chaqueta, estaba completamente empapado, la tinta había comenzado a diluirse. El sargento lo arrancó sin ceremonias de mi mano y examinó el texto con suma atención; parecía estar buscando criminales en la caligrafía. No debió identificar al autor, inició la lectura en voz alta y con cierta dificultad: algunas palabras solo eran manchurroneos de tinta; otras, simplemente, polisílabas. Acabada la lectura, Aleixo meditó unos instantes. Observándome con displicencia, se dirigió a mí:

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica, señor Faustino?

—Konstantine —corregí. No entendí a qué venía esa pregunta, pero intuí que mi respuesta podría tener su importancia—. Soy abogado, abogado criminalista. Trabajo en un bufete de San Petersburgo, en Rusia.

El guardia civil alzó una ceja en un gesto ambiguo. No me gustó ese gesto; de un lado denotaba asombro escéptico y, de otro, la indiferencia de quien observa una avispa atrapada en un tarro de cristal dándose de mamporros.

—¿Y ha venido de tan lejos solo por esto? —dijo, señalando el trozo de papel mojado.

Su pregunta atribuía cierta minusvalía mental al incauto que se hubiera dejado convencer por tan ridícula evidencia; «papel mojado», si es que eso lo decía todo; así que comprenderán que me sintiera molesto; molesto por partida doble: su incisiva reflexión y la sensatez que mostraba.

—Habría hecho bien en informarse antes de emprender un viaje tan largo —prosiguió sin menor atino—. Yo en su lugar no daría el menor crédito a un papel que ni siquiera dice quién lo ha escrito. Lo más probable es que su padre esté ahora ocupado en sus cosas.

Sí, claro, tan probable como que aquel sujeto fuera a contarme algo cierto.

—No sé si le estoy entendiendo. —Me dejé arrastrar por el defecto profesional, y, sí, no niego que algo picado por la pulla—. ¿Me está sugiriendo que regrese tranquilamente a mi casa?, ¿que no tengo que preocuparme por un teletipo alertándome de la desaparición de mi padre hace varias semanas, porque está sin firmar? ¿Así es como resuelven los casos por aquí? —Enorme silencio. Más lluvia.

El alcalde se removió incómodo en su asiento. Un trueno se confundió con otro de sus tosidos, sacudiendo las paredes.

—Escuche, señor —«Konstantine», dije yo. El «mastín» clavó sus ojos en mí—. Sí, eso. Este es un pueblo tranquilo, no nos gustan los problemas. —En sus pupilas leí lo poco que les gustaban—. Créame si le digo que no sabemos nada de su padre, pero quédese el tiempo que considere oportuno, haga las averiguaciones pertinentes, le facilitaremos la ayuda que precise, puede estar convencido.

Seguro que alguna vez han tenido esa sensación de que su interlocutor se expresa mediante antónimos.

—No sabe cuánto agradezco oírle hablar así; comprenderá entonces que trate de ponerme en contacto cuanto antes con él. ¿Puede decirme al menos dónde ha estado viviendo este tiempo? —No estaba dispuesto a fumar de su pipa de la paz sin contar primero con una prueba de vida.

—¿Acaso no ha oído a don Anxo? —interpuso el sargento con un desusado tono marcial—. Ya le ha dicho que no sabe nada de su padre. ¿Por qué no se lo pregunta a quienes lo contrataron?

—¡Aleixo! —exclamó el alcalde—. ¿Qué modales son esos con el forastero? —El oficial dio un paso atrás y, amilanado, se «acochinó en tablas» al amparo de las sombras. Sus ojos de ofidio encendieron todas mis señales de alarma—. Señor Constantino —prosiguió el alcalde con aire paternalista; lo dejé por imposible—, le aconsejo que se retire a descansar, el viaje ha debido de ser agotador. Pásese mañana por aquí, a ver qué averiguamos. ¡Maruxa! —bramó, desquiciando mi sistema nervioso; aquel individuo barajaba los registros como un capataz de obra que trata alternativamente con arquitectos y peones—, acompañe al caballero a la salida.

La gótica recepcionista hizo acto de presencia de forma tan subrepticia que supuse que se había pasado el rato escuchando tras la puerta. Su irrupción

despertó en aquella atmósfera cuajada de humo ese olor séptico y nauseabundo que solo a mí perturbaba. Allí todos respiraban como si nada.

Comprendí que don Anxo trataba de ganar tiempo, organizar su estrategia: mi presencia en sus dominios lo había cogido por sorpresa. Me despedí sin más dilación, la urgencia para que me fuera con viento fresco se palpaba en el ambiente.

El alcalde inclinó su enorme cabestro en un ademán casi imperceptible — otro énfasis habría puesto en riesgo su equilibrio—, en tanto el resto de invitados asistía a mi despedida con rostro grave.

Maruxa, la de las selváticas cejas, me acompañó a la salida emanando tras de sí sus estomagantes efluvios, parecía flotar sobre el suelo como un espíritu. Adiviné que el alcalde se refería a ella cuando me animó a no dejarme impresionar por su aspecto, al inicio de nuestro encuentro, y no hablaba a humo de pajas, su apariencia era ciertamente espectral. La seguí con aprensión a lo largo de la ecléctica y oscura galería de cuadros de siniestro significado hasta la salida. Aquella inescrutable sonrisa suya con la que me echó a la calle —o a los leones—, removió un temor ancestral dormido en mi subconsciente, un temor impreciso, y glacial.